

Guillermo Díaz Doin

## El hombre y su contrario

CASANOVA Y AMIEL



POCOS tipos de humanidad tan sugestivos como el de Giacomino Casanova. Para los hombres y para las mujeres. Por la envidia que despierta en los primeros y por la admiración que suscita en las últimas. Será difícil encontrar una vida más rica en aventuras, en peripecias, en anécdotas. La biografía de Casanova es un relato denso, preñado de acontecimientos y de hechos extraordinarios. No puede uno comprender cómo una sola existencia dió tanto de sí. Un aliento dionisiaco debió impeler todo su ser —como una fuerza ciega de la naturaleza— a consumirse en la acción.

Casanova, antes que nada, fué esto: un verdadero hombre de acción. Hombre de acción que se vertía en las cosas, animado de un fuerte impulso vital, sus características esenciales eran la impetuosidad, la audacia, la resolución. Hombre que se dejaba arrastrar por el temperamento, no meditaba nunca sus decisiones. Era como un torbellino, como un huracán de pasiones sin freno. Existencia magnífica de incomparable fecundidad. Casanova, desprovisto de toda creencia, de toda traba moral, atropellaba todos los obstáculos que se oponían a su capricho. La mentira, el impudor, el cinismo, fueron

sus armas. Espíritu superficial y egoísta, el mote de su divisa fué el siguiente: *vivir con intensidad el presente, impulsado por la visión de lo inmediato*. Nada de complicaciones con el futuro, con el mañana. Brincar de un placer a otro sin más preocupaciones, he ahí todo el sistema de vida que inspiró a Casanova.

Es un delicioso animal humano, movido por resortes primarios. En ello está el secreto de su elasticidad y de su elegancia de movimientos. Su falta de conciencia, su carencia de vida interior, le dotan de una libertad de acción que le hace el hombre mundano, el hombre de salón por excelencia. Sus gestos, sus modales, su expresión son ejemplos de distinción y de cortesanía. Este tipo de humanidad extravertido y sin problemas psicológicos está hecho para consumirse en la acción. La actividad ininterrumpida es la llama donde se queman estas mariposas de la frivolidad. No hay tiempo entre aventura y aventura, pues se suceden con tal rapidez, para reflexionar. No cabe en estas existencias, pues no hay margen para ello, la posibilidad de un "diario". Esto queda para los ociosos, para los que disponen de tiempo para meditar sobre los acontecimientos de la jornada. Nada tan difícil de imaginar como el espectáculo de un Casanova redactando su "diario". El tiempo no le da de sí lo suficiente para emplearse en sus aventuras. Necesitaría multiplicarse. Por esta razón, mientras es joven, mientras la fortuna se le muestra propicia, que es también otra forma de juventud, no se preocupa de escribir una línea acerca de su existencia. Es luego, cuando llega a viejo, cuando ya no puede vivir como antes, pues le abandonan las mujeres y se le cierran casi todas las puertas, incluso las de la amistad, cuando se dedica a vivir en el recuerdo sus horas triunfales, sus aventuras pasadas, recogéndolas en sus memorias. Para el hombre que todo lo jugó a la carta de la juventud, la vejez no tiene encantos. Este fué el precio de su error juvenil. Y sólo pudo llenar su vacío, su ociosidad terrible, confiándose a la memoria y al recuerdo. ¡Triste sino para un ser que vivió tan intensamente en la primera mitad de su existencia!

Toda la vida de Casanova —me refiero a su primera época—

estuvo subordinada a la entidad mujer. Todo lo abandonaba, la más rica presa, el máspreciado botín, para entregarse apasionadamente al culto femenino. Pero él busca en ellas únicamente el sexo, el contraste violento con su virilidad desenfrenada. No estima en la mujer los encantos del alma y las exquisiteces del espíritu, sino la parte carnal, la representación material del sexo contrario, del polo opuesto a su naturaleza masculina. La abstinencia significa para Casanova un fastidio. Cuando desea, ningún escrúpulo le detiene y su voluntad no encuentra freno para nada. Es un caso de sexualidad invencible, de vigor fálico inagotable. Un verdadero caso clínico en los dominios del placer erótico.

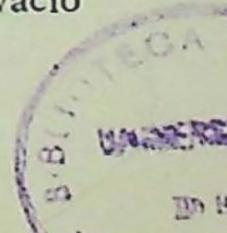
Su amor por la mujer es un amor genérico en el que se comprenden todas las especies de hembras humanas imaginables, bastándole para sentirse atraído los más simples encantos de la femineidad. Su sexualidad se contenta con la más zafia encarnación del sexo contrario al suyo. Ahora bien, las aventuras eróticas de Casanova, no dejan la menor huella en sus compañeras de ocasión. Salen intactas de ellas, sin la menor complicación sentimental, para volver a lo cotidiano, a lo que era su vida antes de conocerle. Son aventuras epidérmicas, superficiales, sin alma. Por ello Casanova no se enamoró nunca. Nunca sintió ese éxtasis supremo del amor ideal y, a pesar de haber poseído físicamente a tantas mujeres, jamás pudo envanecerse de haber conquistado a una para toda la vida. Casanova es el símbolo del triunfador cuantitativo, gozó de la felicidad numérica y superficial a cambio de renunciar a lo egregio y lo profundo.

\* \* \*

Enrique Federico Amiel, filósofo ginebrino, constituye el antípoda de Casanova. Si éste se caracteriza por ser un inquieto hombre de acción, aquél se nos muestra como un auténtico caso de introversión y de aficionado al autoanálisis. Amiel propende a la melancolía y a la meditación. Y estos rasgos de su carácter le convierten en un *tímido de orden superior*, según la denominación de un ensayista

español. Cualidad completamente opuesta a la resolución y audacia de Casanova. Y es que todo hombre de gran vida interior tiende a la timidez y al aislamiento social. La dualidad del pensamiento y la realidad, paralizan la voluntad, ocasionando una actitud vacilante. Las dificultades, al estimarlas en el remanso de la reflexión, se imaginan insuperables y nos conducen a la indecisión. El tímido es siempre un indeciso, un ser irresoluto, perplejo por la idea del ridículo. Este tipo de humanidad se muestra propenso a la autocontemplación, confundándose a veces con los casos de narcisismo. Por esta causa no es extraño que en este género de hombres dados a la reflexión florezca la afición al "diario". El diario es el espejo en el que nos contemplamos cada jornada. Para toda persona que posee un mundo interior, es un placer poder entregarse sinceramente a la redacción del "diario". Constituye una especie de desdoblamiento de la personalidad que desde luego nunca podrán comprender los hombres de acción. Amiel redactó su diario durante treinta y cuatro años. Fué la válvula de escape de su melancolía y su timidez. Y, gracias a él, hemos podido conocer después la calidad egregia de su personalidad extraña.

La existencia de Enrique Federico Amiel, por el contrario que la de Casanova, fué una existencia vulgar, gris, tejida de sucesos sin importancia y como la de cualquier otro mortal. Sólo fué rica en vida interior, en complejidad psicológica. Una vida consagrada al estudio de los temas de su tiempo. No encontramos un acontecimiento extraordinario que rompa la monotonía de su vivir mediocre. Los libros, el pequeño círculo de sus amistades y algunos viajes, componen la textura principal de su existencia. ¡Qué insignificante en este aspecto, frente a la grandiosidad de un Casanova! Mas, sin embargo, ¡qué diferencia en cuanto a profundidad y riqueza sentimental! Amiel es uno de los microcosmos más maravillosos de todos los tiempos. Su intimidad, revelada a través del "diario", es uno de los ejemplos más hermosos de esa entidad metafísica llamada alma humana. Y es que el ilustre profesor de Estética vivió una existencia interior como pocos hombres. No necesitó volcarse en la acción para suplir el vacío



de una oquedad espiritual. Le bastaba adentrarse en la conciencia, sumirse en la reflexión, para gozar los placeres más exquisitos. Amiel fué el jardinero cuidadoso de ese mundo interior que muchos descuidan y que pocos saben apreciar en su verdadero valor.

Y, en cuanto a ética, en cuanto a apreciación de la moralidad y filosofía de la vida, ¡qué abismo más profundo entre el pensador ginebrino y el aventurero veneciano! Un hombre se define por las trabas morales que sabe interponer entre las cosas y su deseo. Amiel no se dejó llevar nunca por el placer del instante, sino que buscaba gozar del mundo bajo una cierta visión de eternidad. Miraba el placer *subspecie eternitatis*. El hombre primario se siente arrastrado por los apetitos más bajos y groseros. El ser superior, doma su voluntad y goza de los bienes terrenales tan sólo en la medida que encajan, en la medida de un esquema ideal. El primero, es la pasión ciega, el ímpetu oscuro y telúrico que confunde sus zonas con las del reino animal. El segundo, es el anhelo sublime que supera lo instintivo, lo brutal, para remontarse a ascensiones casi angélicas.

También la existencia de Amiel, como la de Casanova, estuvo presidida por el signo de Eros. Pero ¡de qué distinta manera! La mujer, el ideal de mujer, sometió la vida del profesor de Estética a una tensión de singular patetismo. Toda la preocupación sexual de Enrique Federico Amiel se afanó en el empeño de hallar la compañera ideal. Un ideal concreto, definido, que contrastaba y desentonaba con las posibilidades de mujer que encontraba a su paso. Porque lo que nuestro filósofo buscaba en la entidad femenina no era el goce físico, sino el ser complementario de su magnífica hombría. No era el sexo, como a Casanova, lo que le atraía con fascinación irresistible. Era la mujer concreta, integral, con sus rasgos diferenciales. Era la personalidad femenina, los valores supremos de la mujer. El afán de Amiel estaba plenamente caracterizado por un tipo determinado. Su ideal femenino poseía atributos específicos, singulares, que era difícil encontrar realizados en las mujeres con que tropezaba en su camino.

El amor de Amiel estaba inspirado por un Eros individual, ar-

quetipo creado por su imaginación. Constituye nuestro filósofo el antípoda de Don Juan, presto éste siempre a abreviar su sed amorosa en la primera fuente que encuentra al paso. Amiel había idealizado con exceso a la mujer, idealización que hacía prácticamente imposible que hallase su "tipo" en la realidad. Por esto, su primera y única experiencia amorosa, ya en edad madura, le produce una gran decepción. En su diario consigna su gran desilusión, hasta el punto de hacerle decir: "Estoy estupefacto de la relativa insignificancia de este placer, sobre el que se ha armado tanto ruido". ¿Cabe mayor desdicha que la de un hombre, normalmente dotado para el amor y que nunca pudo gozar de él por la supervalorización que de la mujer hizo? Esa confesión nos aclara, sobremanera, la personalidad amorosa de Amiel. Lo que para todo hombre constituye la gran revelación, queda reducido para él a un suceso trivial, sin importancia. Su inquietud amorosa, exageradamente idealista, se ve defraudada al entrar en contacto con lo real.

La gran tragedia de Amiel fué haber hecho un mito de la femineidad, elevando la anécdota al rango de categoría metafísica, lo que fué causa de su desgracia amorosa. Toda su vida estuvo condenado, salvo la fugaz aventura, a una abstinencia completa. Su ideal superior de mujer, lo inhabilitó para gozar de los placeres vulgares de que los demás hombres disfrutaban. No cabe mayor grandeza, ni tampoco mayor dolor.